



“La Voz Clamando
en el Desierto”

Esta columna fue publicada en la edición del 17 de Diciembre del 2017 de la Cr ónica Diocesana.

Nadie en Israel había hecho lo que el Bautista estaba haciendo en el Jordán. Era inaudito el bautizar públicamente a pecadores arrepentidos uno por uno. Noticia de la novedad se extendió. La gente venía de todas partes para caminar hacia él en el agua o mirar con asombro desde la orilla.

¿Quién era este hombre? ¿Qué es lo que estaba haciendo? Todos hacían estas preguntas. Algunos sacerdotes visitantes de Jerusalén se atrevieron a gritárselas en cara al Bautista. Su respuesta fue un modelo de concisión intrigante: les dijo que él *no* era el Cristo, *ni* Elías, *ni* el Profeta. En él no encontrarían a un rey, a alguien que hiciera milagros, o a un legislador.

La triple negación de Juan aún más desconcertó a sus interrogadores. Si él no era el Cristo, ni Elías, ni el Profeta, entonces, ¿para qué bautizaba? ¿Qué significaba? Estos hombres esperaban una respuesta que pudieran agarrar en sus manos, una respuesta que tendría sentido del comportamiento ampliamente atractivo que Juan había hecho peculiarmente el suyo. “¿Quién *eres* tú, para dar una respuesta a los que nos enviaron?”

Era un ciclo natural de curiosidad: la gente salió a ver por sí mismos los extraños sucesos de los que habían escuchado y que

tenían lugar en el desierto, y la actividad que presenciaron allí los llevó a cuestionar la identidad de Juan. Ver lo que hizo Juan los llevó a preguntarse quién era.

La respuesta de Juan reveló que él mismo había enfrentado esa pregunta. Su identidad no se encontraba en un aislamiento espléndido, ni su actividad resultó de la autodeterminación. Más bien, él se describe a sí mismo en las Escrituras como alguien siempre y en todas partes en *relación* con Otro, cuyas correas de la sandalia era indigno de desatar. Juan confesó que él mismo no era más que una “voz” despejando un camino en la oscuridad para que la Palabra de Vida brille la luz salvadora de Dios.

Juan sabía muy bien que “él no era la luz”. Más bien había sido “enviado por Dios” para “dar testimonio de la luz”. Su bautismo fue testigo de que “la verdadera luz que ilumina a cada hombre estaba llegando al mundo”. Y ese portador de la luz, decía Juan, era “uno que es más poderoso que yo”.

Tu no necesitabas escuchar estas palabras de clarificación para sentir que había más en el hombre vestido de pelo de camello que a primera vista. Porque según San Marcos, “Toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él” para sumergirse en las aguas de la esperanza. Fueron antes de la explicación. No esperaron las preguntas de los sacerdotes y las respuestas de Juan para responder a su llamado al arrepentimiento que nadie había autorizado. Simplemente se alejaron del suelo bajo sus pies en la corriente fluyente del Jordán, sin saber hacia dónde podría

llevarlos, pero confiando en que los llevaría hacia en una nueva orilla, donde los senderos torcidos y conflictivos de su vida podrían hacerse rectos.

Ver lo que hizo Juan los llevó a sus observadores a preguntarse quién era. Y eso los llevó a preguntarse a sí mismos quienes eran *ellos* y lo que estaban o no estaban haciendo al respecto. ¿Acaso es diferente para nosotros, observando la misma escena 2,000 años después? ¿No anhelamos también “reconocer” al “que es más poderoso”, “creer en su nombre” y recibir “poder para convertirnos en hijos de Dios”? Esa sigue siendo la promesa invitante de la voz que clama en el desierto.